



Leborpá

200-2-5
105
179-2

DISCURSO INAUGURAL
DE
LA ACADEMIA.

H

082.4
68/1

DISCURSO INAUGURAL

DE LA

Academia Hispalense

DE STO. TOMÁS DE AQUINO,

*pronunciado en su primera Junta Pública y Solemne,
el día 17 de Octubre de 1880,*

POR

P. CAYETANO FERNÁNDEZ, PRO.,

DIGNIDAD DE CHANTRE,

VICE-DIRECTOR DE LA CORPORACION.



SEVILLA.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. D. A. IZQUIEBDO Y SOB.º,
Francos, núms. 60 y 62.

1881.

Este discurso, mandado publicar por repetidos acuerdos de la Academia, se imprime ahora con foliacion romana, á fin de que pueda ser colocado en su lugar al frente de las MEMORIAS, haciendo veces de introduccion ó prefacio.



138835

EXCMO. Y RMO. SEÑOR:

Señores Académicos: ¡Qué placer! Vuelvo la vista en todas direcciones, y no hallo sino semblantes animados, contentos.! Y es que vamos á comenzar, que comenzamos ya una obra buena, esto es, una obra de Dios; y no hay alegría comparable á la de tener á Dios por principio, por objeto y fin de las acciones.—En este acto, en este instante mismo da principio á sus tareas la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, en justa obediencia á las inspiraciones de la Encyclica *Aeternis Patris* del Soberano Pontífice que reina.

Y no me preguntéis por qué soy yo el que alcanza el honor de dar principio á tan elevada obra; que yo no sabré contestar, como no sea diciendo, que nuestro Prelado y Fundador sapientísimo, ha querido, en esto más, asemejarse á Dios, que se vale siempre, para comenzar las cosas grandes, de lo que es humilde y pequeño y hasta despreciable.

Y en efecto ¿qué obra más grande para los entendimientos cristianos que remontar vuelo de águila, para dirigirse por muy diversas regiones al Sol, no ménos que al Sol de las inteligencias, conciliando por tal modo la fe y la razon, la revelacion divina y la ciencia? Por eso nuestra Academia no ha debido, no ha podido honrarse con nombre más glorioso que el nombre de aquél, á quien la Iglesia por su órgano infalible, el Pontífice supremo, se ha dignado

dar como Patrono á las Escuelas Católicas, declarándolo así Angel Tutelar de cuantos se dedican al cultivo del entendimiento, á la enseñanza de toda doctrina, á la propagación de la verdad. Porque él, y sólo él, ha sido el hombre suscitado por Dios, y colocado en medio de la historia del saber humano, pasa resumir en pasmosa manera todo el trabajo intelectual, desde el Liceo y la Academia de la edad antigua hasta el trivium y el quadrivium (1) de la edad media, y todas las ideas cristianas elaboradas desde San Pablo á San Agustin, y desde San Agustin hasta él. Sí, Señores: investido con mision tal ese hombre portentoso (que no acierto á llamarlo de otra suerte), se aprovecha de todo lo que encuentra bajo de su mano; esto es, de todo cuanto la tradicion había legado en materia de hechos y de ideas: los reúne en haces, los combina y ordena, analizando y profundizándolo todo su razón de maravillosa potencia. Dispone las verdades naturales, alineándolas como majestuoso peristilo, que rodea el sagrado edificio: penetra despues al interior; coloca por su órden las verdades reveladas como otras tantas columnas que, teniendo basa en la tierra, se lanzan hácia el cielo; hace circular al través de esas naves de la inteligencia el soplo de Dios, que las anima y penetra, poniendo luego en lós aires ese *duomo* de la verdad, que sustenta la fe, que embellece la caridad, que la esperanza corona..., hasta que sale, al fin, de sus muros el grandioso edificio, semejante á esas catedrales gigantescas de la misma edad, que arrebatan en la tierra nuestras miradas, elevándolas en su admiracion hasta las nubes. —¿Conocéis ya á ese hombre portentoso? ¿Columbráis ya á ese justo incomparable? Es ángel, porque su inteligencia raya donde las celestiales inteligencias; es sol, porque su sabiduría extiende sus rayos por todas partes; es, en fin, el Angélico Maestro, el gran Doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino!

(1) TRIVIUM, quasi triplex via ad idem, id est, ad eloquentiam. QUADRIVIVM, quasi quatuor viae ad idem, id est, sapientiam.

Así nuestra Academia no podía corresponder mejor al nombre que lleva sino adoptando por divisa un Sol entre dos Alas unidas, y por lema el *Fides, Ratio: útraque unum*, que tan bien se adaptan al genio y á la mente de Santo Tomás. Porque seguros estamos de que en alas de la fe y de la razon se llega precisamente á un mismo y dichoso término; á la verdad, que es el sol que alumbra el universo de las almas. Ni en ninguna otra actitud podríamos contestar más adecuadamente al llamamiento del que es hoy Maestro sagrado de la humanidad, en su elevado designio de contrarestar á los pretendidos sabios de nuestros tiempos; los cuales, queriendo remontar el vuelo sólo en alas de su razon, no suben sino que se arrastran, descenden, se precipitan hasta venir á dar en ese cáos tenebroso de la moderna ciencia, de donde la sociedad sale salvaje, el hombre hijo del mono, la justicia utilidad, el derecho la fuerza, la propiedad el robo, el mundo eterno, y la materia Dios!

Mas ¿qué os diré yo, Señores, en este acto, en este primer movimiento de la vida de la Academia? ¿Qué diré en consonancia con los enunciados fines, digno de vosotros y propio de esta augusta solemnidad? Qué os diré!.... Si con vuestros talentos, si con vuestras lecciones, si con vuestras tareas váis á levantar himno acorde y magnífico á la verdad, á la verdad que es Dios; lo delicado de esta primera nota, la importancia de este discurso no la desconoce nadie, y ha sido mi preocupación por muchos días. Y hé aquí la série de reflexiones por donde me he abierto camino para fijar al cabo mi elección.—El positivismo, decía yo, es el estadio, escuela ó secta, á donde corren hoy á tomar puesto los atletas más poderosos del pensamiento moderno; y, como el método experimental es el único que para la investigación de la verdad tiene valor á sus ojos, claro es que las ciencias naturales han de ser el arsenal, en que tomen sus armas, y la naturaleza toda el palenque donde trabada sea la formidable lucha.—Luego el campo está elegido. Nuestra filosofía de la Escuela, que, ni rehusa ni rehusó jamás el método de la observacion, acepta el combate allí donde

mismo se le presenta: vengamos á las ciencias naturales.— Y bien, añadía yo en mis perplejidades, ¿demostraré en mi discurso que las ciencias naturales, en sí mismas, no son por manera alguna hostiles á la fe?—¡Me parece poco!— ¿Pondré de manifiesto que las ciencias naturales prestan su apoyo, y son verdaderos auxiliares de la divina revelación? —¡Poco todavía!—Pues probaré que la revelación divina se adelanta á la ciencia; que la deja atrás, y que muchas de las maravillas, que hoy con tanto ruido pretende ésta haber descubierto, las habia dicho la revelación siglos ántes que ningun naturalista las hubiera enseñado.—Esto sí, dije; esto cautiva mi elección verdaderamente. ¡Ojalá, Señores, que con ello cautive yo ahora tambien vuestra atención! que, por lo ménos, benévola, me atrevo á esperarla; pues siempre fué de verdaderos sabios la indulgencia.

Brillara, al ménos, la buena fe en nuestros adversarios, y no asentarían, como á asentar se atreven, que la filosofía escolástica, rancio cúmulo de sutilezas, consume la energía intelectual en la contemplacion de vanas abstracciones teológicas y metafísicas, desconociendo el valor de los procedimientos inductivos, la observación y el análisis en la investigación de la verdad y de la realidad existente. No, nó mil veces! Los escolásticos no han ignorado nunca el axioma de Aristóteles: *Per experientiam ars et scientia hominibus efficitur*; la ciencia y el arte por experiencias se forman. Y, si venimos á Santo Tomás, que tuvo por maestro en Colonia á Alberto el Grande, el naturalista más sabio de su tiempo, lo hallaremos tan asídúo en la observación, tan profundo en el análisis, tan apasionado á la naturaleza, que sus principales obras sembradas se ven de principios de todas esas ciencias, que alardean hoy tanto de la novedad y de la invención. Que bien puede asegurarse, en sentir de un sabio crítico, que no hay cuestión, ni artículo ni tratado alguno del escolástico Maestro, en que no obligue á las ciencias naturales á que presten testimonio en honor de las verdades de la fe, contribuyendo así á hermohear su asombrosa síntesis de la cristiana sabiduría; esto es, de la

filosofía escolástica, que dichosamente profesamos.—No es, pues, camino nuevo, sino conocido y muy trillado en la Escuela, el que voy á seguir, presentando á las ciencias naturales, no ya ciencias amigas, no ya auxiliares de la divina verdad, sino en muchos casos atrasadísimas ciencias respecto de los oráculos de la fe y, como si dijéramos, á la zaga de la divina revelación.—Al cabo, así tambien se verá cierto que por la fe y por la razón se llega á un mismo y feliz término, que es la verdad. *Fides, ratio: útraque unum* será siempre el lema que caracterice nuestros trabajos.

Ábranse, en efecto, los Sagrados Libros. ¿No vemos que en multitud de pasajes enuncian hechos científicos ó hacen alusión á muchas ciencias naturales como la cosmogonía, la etnología, la astronomía, la física y la química, la meteorología, la historia natural, la historia y la geografía física? Pues hácenlo en términos tan pasmosos, tan radiantes de luz y de majestad, y tan en perfecta armonía con los oráculos de la ciencia más avanzada de nuestros tiempos, que no es posible, sin ceguedad y endurecimiento voluntarios, no mirarlos como inspiración venida de lo alto ó, por lo ménos, como esos golpes de vista del genio que adivina los misterios de la naturaleza, penetra las tinieblas, de que están rodeados, constituyendo la verdadera inspiración que trae á los hombres un rayo de la verdad divina, y, por consiguiente, dejando muy atrás la investigación humana.

Comencemos, como es natural, por la Cosmogonía. Y no nos detendremos en hablar del cáos; de aquel cáos primitivo, que el Génesis nos presenta como un abismo ó monton de elementos esparcidos, en desórden, envuelto en tinieblas profundísimas, y fecundado por el Espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas. ¡Ah Señores! esta fué la primera página de Moisés! y esta es la última palabra de la ciencia, que, representada por los más sabios geólogos entre los modernos, no ha tenido otro arbitrio que admitir ese cáos ántes de los mundos, enseñando al propio tiempo, lo que es muy de notar, que el calor, la luz, la electricidad debieron de nacer del ejercicio de la pesadez, rozamiento y atracción de las moléculas.

Digamos ahora algo del firmamento.

Oh! ¡qué de dificultades no ha engendrado esa palabra del Génesis! el firmamento que Dios extiende ó desarrolla en el espacio, y que, por consiguiente, tenía que ser cierto linaje de materia difusa!.... Pues bien ¿lo creeréis, Señores Académicos? la materia *firmamentaria* no ha sido reconocida y puesta fuera de toda duda hasta hace tres ó cuatro años, por el más célebre y el más ingenioso de los físicos de la generacion actual, M. Tyndall, en su bello discurso sobre la influencia de la imaginación en el estudio de las ciencias (1). ¡Qué sorpresa, para el mundo sabio, el descubrimiento de esta materia *firmamentaria*, innumerable, infinitamente ténue, la cual, aunque difusa en la inmensidad de la atmósfera terrestre, puede quedar reducida á límites estrechísimos!.... Fué esto en Moisés revelación admirable! mas el moderno descubrimiento es tardío comentario de los primeros versos de la Escritura!

Continuemos. Tambien el Génesis en lenguaje misterioso, y que por largo tiempo no se ha comprendido por el atraso de la ciencia, nos habla de ese mismo firmamento como colocado en medio de las aguas, para dividir las aguas superiores, ó que están por cima del cielo, de las aguas inferiores ó colocadas debajo. Y el Rey Profeta, en uno de esos himnos sublimes que hace cantar á la naturaleza entera á la gloria del Criador, convida á todas las aguas colocadas sobre el cielo á que bendigan al Señor: *Et aquae omnes quae super coelo sunt laudent nomen Domini.*—Mas..... ¿qué cosa serán esas aguas misteriosas y místicas? Los antiguos físicos, que no conocían más que el agua en estado líquido, entendieron allá en el espacio, por cima del firmamento, cierta red ó lecho líquido, para cuyo sostén inventaron la bóveda trasparente y sólida, de cristal ó de yelo, en la cual las estrellas deberían de estar enclavadas....! Y se ha querido imputar como crimen á la Sagrada Escritura esta invención grosera!..... Pero la ciencia ha adelantado; descubierto se ha

(1) Les Mondes, tomo XXIV, pág. 347 y siguientes.

el espectroscopo, uno de los inventos más admirables de la época moderna; y el ojo de M. Janssen desde luego, despues el del P. Secchi, d'Amgsroem y de tantos otros, armados de ese mágico instrumento, nos han revelado al fin el secreto de las aguas superiores de la Santa Biblia, mostrándolas en estado de vapor en las alturas del espacio y de los cielos, muy más allá de los límites de la atmósfera terrestre y de su firmamento; en los planetas, en las cercanías del Sol y hasta en las estrellas más lejanas (1). Ah! cuando el sabio fisiólogo M. Bence Jones se reía de la Sagrada Escritura, porque habia ella puesto aguas por cima de los cielos, aguas semejantes á las aguas de la tierra, M. Janssen no habia publicado aún sus datos decisivos, que dan hoy la ley sobre la materia. Ahora M. Bence Jones ha bajado al sepulcro en contradicción con la ciencia, y los Libros Santos acaban de reportar ruidoso y evidente triunfo! Y ¿no es esto ir la ciencia muy á la zaga de la revelación, aunque al cabo una y otra se encuentran en el mismo punto? *Fides, Ratio: útraque unum?*

Pero llegamos á un punto en que la sorpresa, la admiración, sobrecoge al incrédulo, miéntras el himno de acción de gracias brota de los creyentes lábios. En presencia de la inmensidad del cáos, (2) y llegado el momento de obligarlo á cesar organizándolo, el Génesis hace intervenir la luz: *Fiat lux, et facta est lux* (3) Y la luz brotó inmediatamente, ántes que ei Sol, que no existía aún. Mas por qué?... Y á qué fin.... la luz que no alumbra, y en tales circunstancias?... Ah! la pobre ciencia humana empieza hoy á levantar una punta del velo que cubría este misterio. Durante doscientos años, la orgullosa ciencia (y no la ciencia de los discípulos, sino la de los maestros, y de los más grandes maestros) profesaba el grosero error, el más

(1) Comptes rendus de l'Académie des sciences, tomo LXVIII página 1545, 1869.

(2) Tomamos este y algun otro dato científico del sabio eminente M. l'abbé Moigno, en su última obra SPLENDEURS DE LA FOI.

(3) Jen. 1º, 3.

ridículo de los errores, decorado, eso sí, de nombre al-tisonante y bello, la *atracción universal!* Creíase y ense-ñábase generalmente, que los cuerpos celestes se sienten en cierto modo al través de los espacios, encadenándo-se el uno al otro en un movimiento comun (lo que es rigurosamente imposible y absurdo, porque eso es que- rer unir la inercia y la actividad, que son contrarias, que se oponen más que el agua y el fuego). Mas la hora final de la estupenda teoría sonó al cabo. El grande Eu- lero, celeberrimo astrónomo y piadosísimo cristiano, re- chazó el primero la atracción universal, molecular, ó ce- leste, proclamando muy alto otra teoría; la de la impul- sión. Y bien ¿cuál es la causa, la razón de ser de esa impulsión, que hace como gravitar los cuerpos, los unos sobre los otros, al recorrer sus indefectibles parábolas? (¡Oh! qué sorpresa Señores! pero visto está, demostrado está) Es... es ni más ni ménos que la presión del éter ó luz primitiva de Moisés; fluido cuya densidad es infi- nitamente (1) pequeña y cuya elasticidad es infinitamente grande; fluido que llena todo el espacio y penetra has- ta los senos de la más condensada materia. Lesage de Genève, desde luego, y muy recientemente M. l'abbé Le Roy, han hallado, en profundos estudios matemáticos de las presiones del éter, la explicacion verdadera de la apa- rente atracción proporcional de las masas y en razon del cuadrado de la distancia. Hoy, en fin, en estos mismos días, M. Emile Chase, astrónomo americano, integrando directamente el cálculo de las ond ulaciones sutilísimas del éter, ha encontrado tambien los mismos números ó da- tos fundamentales de los movimientos de los cuerpos ce- lestes (2). Puédesse, pues, considerar en la actualidad co- mo absolutamente cierto, que el fluido luminoso ó éter,

(1) Cuantas veces empleamos los términos, INFINITO, INFINITAMENTE, lo hacemos en el concepto matemático, aplicándolos á aquellas co- sas, cuyos límites, aunque existen, no es dado al hombre conocer; mas nó en el concepto metafísico, segun el cual nada hay infinito sino Dios.

(2) Les Mondes, Julio 1874.

infinitamente ténue, pero infinitamente elástico, es el origen, el manantial verdadero de las atracciones aparentes ó explicativas de los cuerpos celestes, y de la condensación de la materia y de la formación de los mundos estelares y planetarios. Y como, por otra parte, está hoy demostrado rigurosamente (1) que todos los fenómenos de la naturaleza, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, la acción química etc. son esencialmente fenómenos etéreos ó que tienen su condición de existencia en ese mismo éter ó fluido luminoso de la Escritura., luego (¡ah Señores Académicos! vengamos á la pasmosa consecuencia; mejor dicho, á la corona radiante que los adelantamientos científicos ponen en las sienas del sagrado Vidente de la Biblia) luego la luz del Génesis es el embrión, por decirlo así, de todos los mundos; luego el *fiat lux* de Moisés es la síntesis esplendorosa de toda la ciencia; luego el *fiat lux* es la cifra divina con que se enuncia y explica de un golpe el universo entero! Oh! tengamos lástima, de los que, á vista de este magnífico comentario que la ciencia moderna reservaba á la palabra inspirada de Moisés, no se conmuevan profundamente, cayendo de rodillas para exclamar: *¡Credo... Creatorem coeli et terrae*: Creo en el Criador del cielo y la tierra!

Pero... la luz en el primer día, y el sol, los astros en el cuarto! La luz sin el sol! Ah! la pobre ciencia humana, á oscuras mucho tiempo en tantas cosas, ha estado por espacio de cuarenta siglos ó confundida, sin saber como concertar el verso 1.º con el 4.º del Génesis, ó riéndose á carcajadas estúpidas de lo que creía imposible y hasta absurdo. Sin embargo el *Fiat lux* ha permanecido en su lugar; firme, majestuoso, enseñando á los hombres, como otros muchos lugares de la Escritura, la posibilidad del fuego asociado con las tinieblas, y ardiendo sin alimento material. La verdadera ciencia ha llegado por fin, y la sonrisa del desprecio se ha helado con la sor-

(1) Unidad de las fuerzas físicas, P. SECCHI.

presa en los lábios de nuestros enemigos. Largo sería de referir y exponer aquí los ensayos y experimentos por medio de los cuales la física moderna, personificada hoy, puede decirse, en M. Tyndall, el más célebre de los físicos ingleses, hace brotar, del simple movimiento vibratorio del éter, un rayo de calor bastante intenso para fundir el platino, sin que semejante rayo produzca la más mínima sensacion de luz en la retina. Pero es cosa averiguada, y que el mismo sabio asienta ya franca y paladinamente, que nada hay más invisible que la luz en sí misma; que su invisibilidad no cesa miéntras no encuentra en su camino el choque de partículas materiales, y que Moisés, por consiguiente, enseñaba la verdad, cuando dejaba subsistir las tinieblas despues de la creación de la luz ó del fluido luminoso.—¿Lo queréis más claro, Señores, que la revelación divina, cuando habla científicamente, se adelanta sin comparación á la revelación humana de la ciencia?

Y si de los hechos más culminantes de la Cosmogonía convertimos la mirada á la Geogonía ¿no vémos tambien á la Escritura Santa ir delante de la ciencia gloriosamente, historiando, con sublime majestad y con exactitud que asombra, las revoluciones y mudanzas verificadas en la superficie del globo, y ofreciendo tambien la historia de la vida con sus fases sucesivas, y muy diversas, en íntima relación con aquellas mismas sucesivas mudanzas y revoluciones? En efecto, tres mil años hace que Moisés nos muestra á Dios, en primer lugar, separando la tierra de las aguas, levantando las montañas, ahondando los valles, poniendo al mar sus riberas etc.; y luego, mandando á la tierra producir las yerbas, las plantas, los árboles, los reptiles, las bestias salvajes; los animales domésticos; y á las aguas producir los reptiles, los peces y las aves, etc. Y este orden de creación sucesiva y de progreso revelado por el Génesis ¿no es, despues de muchos estudios é investigaciones, el confirmado plenamente por la ciencia, como si fuera corolario riguroso y preciso de los hechos paleontológicos ciertísimos? Es in-

contestable. Uno de los geólogos más célebres del mundo, cuya autoridad es universalmente proclamada, M. Barrande, ha trazado el paralelismo perfecto del Génesis bíblico y del Génesis geológico en esta forma: en ambos, 1.º la vida vegetal precediendo á la vida animal, lo mismo en los mares que en la tierra; 2.º la vida animal representada por los séres vivientes en la mar; 3.º á los animales marinos sucediendo las aves; 4.º la vida animal desarrollándose posteriormente sobre la tierra; y el hombre, punto central y último del fin y plan de la creación, apareciendo como su rey despues de todos los séres. Lo mismo hace M. l'abbé Goinet, presentando más rica y eficazmente todavía, en el cuadro sinóptico comparado de los hechos de la Geología y de los datos del Génesis, acuerdo cabal y perfectísimo. Diríase con razón al observar esto, que la geogonía de la ciencia ó se ha inspirado humildemente en la geogonía de Moisés, ó debe afirmarse que la sigue, mal de su grado, en semejanza ó identidad que asombra. Y esto último es lo cierto. ¿Quién había de decir á Herschell y á Laplace, oráculos avanzadísimos de la ciencia independiente, que sus grandiosas hipótesis habian de ser interpretadas segun todas las ideas modernas por el grande Ampere y el ilustre Moigno, en términos de traerlas á natural conciliación con la majestuosa relación del Génesis? Es, Señores, lo que hemos repetido tantas veces, que la fe y despues la razón llegan al mismo término, que es la verdad: *Fides, Ratio: útraque unum.*

¡Cuán resplandeciente y cuán llena de consuelos no aparecerá esta misma sentencia, al venir ahora á la idea, primordial ciertamente, pero que lo mismo puede colocarse al principio, que al medio, ó al fin de este trabajo; la idea de la existencia eterna ó temporal de la tierra, de los séres, del universo todo! Y bien, ¿qué han enseñado sobre esto al mundo nuestros Sagrados Libros? *In principio creavit Deus coelum et terram* (1): que en el

(1) Jen I.

principio creó Dios el cielo y la tierra.—Y qué es lo que sobre dicho punto enseña la ciencia humana? La filosofía de Grecia y Roma lo mismo que la filosofía incrédula de los siglos XVIII y XIX, aferradas en su voluntaria ignorancia, se mecen en el vago y loco ideal de que el mundo ha sido eternamente lo mismo que es hoy, y que esta sucesión infinita de séres, que no ha tenido principio, tampoco tendrá fin. Interrogada á su vez la ciencia positiva, se ha visto en la precisión de declarar lisa y llanamente, por boca de uno de sus representantes, que ella no posee el secreto de esos terribles enigmas, que califica de ultracientíficos, como todo lo que no entra en el círculo de sus razonamientos, de sus fórmulas, de sus experiencias.

Sin embargo, las ciencias de observación, nacidas más tarde y cultivadas con ardor febril en nuestros días, han demostrado muy luégo hasta la saciedad, hasta la evidencia, que la vida, en nuestro globo y en los mundos planetarios, no ha existido siempre, y que es fácil, como lo expresa Cuvier, al observador sagaz, registrando las entrañas de la tierra, reconocer el punto preciso en que ella comenzó para nosotros. Cuvier, pues, ha dicho al cabo con distinto lenguaje lo mismo que Moisés: *In principio creavit Deus coelum et terram*. Y si las entrañas de la tierra hablan en este sentido, ¿qué diréis, Señores, si levantáis la vista á lo que está por cima de nosotros? Ah! cuando vemos la vida y la muerte en el cielo; mundos ya exánimes (1), cuyos restos voltean cerca de nosotros; es decir, el cielo llevando consigo sus cadáveres en su viaje del tiempo, como la tierra lleva los suyos! cuando vemos estrellas que desaparecen, mientras que otras nacen, crecen y se perfeccionan; (2) cuando, armados de potente telescopio percibimos esas nebulosas que, por la ley de su formacion y de su desenvolvimiento, hoy son átomos; extension inmen-

(1) La Luna v. g.

(2) Los periódicos científicos (5 de Marzo de 1862) nos daban noticia de la desaparición de toda una nebulosa.

sa de átomos, y luego polvareda de soles; cuando sentimos la tierra flotando como un navío alrededor de esa isla de luz, que es nuestro sol; cuando observamos, en fin, en todos los mundos esas alternativas de noche y día, esas vicisitudes de las estaciones en armonía con la vida de la naturaleza y aún con la vida de nuestros pensamientos y de nuestras almas... ah! no nos es posible dejar de exclamar con Ritter, el príncipe de los geógrafos: «La tierra en sus perpétuas revoluciones, busca acaso el lugar de su reposo eterno» y con nuestro patrono Santo Tomás, que habla aquí nó como teólogo, sino como físico: «Nada se mueve solo por moverse, sino para llegar á algun término: todos esos movimientos cesarán»; y en fin con el desdichado Herder, que habla aquí como pudiera hablar un Santo Padre: «La dispersion de los mundos no ha de subsistir; Dios los reducirá á la unidad, reuniendo en un mismo jardín las flores más bellas de todos los mundos.» Lo habeis oido, Señores? Y ¿no es todo esto, ó se le parece mucho, proclamar los nuevos cielos y la nueva tierra de San Pedro... *Novos coelos et novam terram expectamus?* (1) tal vez el solo rebaño con un solo pastor, de Jesucristo....? el anillo extremo, en fin, de la cadena que supone y confirma el primero, ó sea el oráculo de la creacion: *In principio creavit Deus coelum et terram?* Pero hay más. La Físico-matemática, la reina de las ciencias naturales, en su última y muy reciente conquista, en su arranque más sublime, cual es la teoría dinámica del calor, ó sea la termodinámica, descubriendo en las leyes de las *fuerzas vivas* y en su resolución en *trabajo mecánico*, que todo sistema material tiende *al reposo* en un tiempo finito, ha llegado á señalar en el pasado una época, más arriba de la cual, el sol, sin calor y sin luz, era impotente para alimentar la vida: y en lo porvenir, una época, más allá de la cual, despojado de nuevo de toda energía, el sol vendrá á caer en su primera impotencia. Se-

(1) 2 Pet. 3-13.

ñores! ¿Qué es esto que así nos hace palpitar de júbilo el corazón? Oh! es que vamos viendo claro, que la última palabra de la ciencia es la primera palabra de la revelación.

Y ya que de principio y fin del mundo se trata, hombres de la ciencia positiva, no creáis, si os place, en lo adelantado de la ciencia de San Pedro cuando nos dice, que la tierra ha sido formada del agua y por el agua, y que concluirá definitivamente por el fuego; pero inclinad la cabeza y quedad atónitos de admiración al ver que la gran mayoría de los geólogos se pronuncia hoy por la teoría neptuniana ó de las aguas, y que la disolución final de la tierra por el calor es un dogma fundamental de los géometras y mecánicos del siglo XIX!

Otra particularidad, acaso la más notable de todas, porque encierra tal maravilla que está al alcance de mayor número de admiradores, es la que se refiere al descanso del día sétimo. En este día, dice Moisés, habiendo Dios puesto término á lo que se propuso, y completado la grande obra de la creación, descansó; esto es, cesó de crear. Nada nuevo habrá despues de esta palabra! Y bien ¿cuál es, á este respecto, el lenguaje de la ciencia? Grandes han sido en todos tiempos sus esfuerzos por presentar en el mundo algun elemento nuevo, alguna generacion nueva, alguna especie nuevamente constituida. La semiciencia ha defendido las generaciones expontáneas: Darwin, con su transformismo sucesivo, ha creado un mundo imaginario, en el que todos los animales y todas las plantas descienden de un solo prototipo, sin excluir al hombre, el cual ha venido á serlo, pasando, gracias á M. Huxley, por la honrosa y envidiable condicion del mono. Y bien, qué hay de cierto y definitivo en punto de tal trascendencia. Señores, llenaria horas enteras sólo mencionando los autores científicos, los sabios de primera línea, que han llegado hasta emplear el ridículo en la refutacion de tales hipótesis; y no terminaría nunca, si hubiera de notar las infinitas contradicciones en que sus adictos incurren á cada paso para defenderlas. Diré únicamente, porque este sólo punto necesitaría grande espacio,

que la verdadera ciencia, la ciencia grave, la ciencia generalmente admitida, nos deja hoy como estuvimos siempre, cual nos dejó Moisés, es decir, con elementos primitivos, constantemente los mismos, en número finito y muy limitado; con especies vegetales y animales en número finito, aunque muy grande, invariable ó no variando sino en límites muy estrechos y siempre prontos, tras de accidentales desviaciones, á volver al tipo primitivo, perpetuándose por semillas ó gérmenes, cuya vitalidad y fecundidad son un misterio. Y, cuanto á lo que la mano del hombre ha podido añadir á la naturaleza, continuamos en posesion de combinaciones y de ligas y de disoluciones químicas, que se pueden multiplicar hasta lo infinito, pero que no contienen más que lo que el hombre ha puesto en ellas, y prontas á restituirse por facilísima descomposición: ningún elemento nuevo, ninguna especie nueva, solamente razas; leyes elementales siempre constantes, que la mano y el génio del hombre tienen que limitarse á aprovechar, pero sin poder modificarlas ó suspenderlas en su curso. Jamás ni la fuerza mecánica, ni las fuerzas físicas, obrando unidas ó separadas, han podido enjendrar ni una célula ó celdilla, ni una molécula, metálica ó no metálica; porque las células y las moléculas son de naturaleza conocida sólo de Dios, y porque Dios entró en su reposo inmutable, despues de haber producido todo lo que producir le plugo para la segura duracion del mundo. Los alquimistas han andado al remo durante siglos; han inflamado sus hornos hasta calcinar los crisoles: en ellos han puesto en contacto todas las sustancias imaginables, y no han llegado á producir ni un grano de oro ni un sólo diamante microscópico. A su vez los heterogenistas han sudado sangre y agua por hacer aparecer nuevos séres vivientes, siquiera fuesen nómadas ó infusorios; pero nada! Sus partidarios más ardientes se han visto en la necesidad de confesar que nada obtuvieron.... Luego en la naturaleza, despues de la última palabra dicha por el Génesis, reposo absoluto; reposo más evidente que la luz del día es lo que la ciencia se ve hoy obligada á proclamar tambien, despues de tantos sudores, al cabo de tantos si-

glos. Y el árbol sigue reproduciendo el árbol, la flor reproduciendo la flor, y el mono sigue engendrando monos, y el hombre conservando la corona real, que le dió *ab initio* la filiación de Dios.

Pero no podemos olvidarnos, Señores, de la Astronomía; ciencia importantísima, modelo de ciencias, obra maestra del espíritu humano, ciencia eminentemente religiosa, porque es, entre las humanas, la que más alto pregona á Dios, *Coeli enarrant gloriam Dei!* y que, sin embargo, se ve hoy profanada por algunos astrónomos incrédulos. Y bien, observad asimismo á la Astronomía caminando detrás de la palabra de Dios, acaso acaso en los puntos más maravillosos de sus recientes conquistas, de sus pasmosos adelantamientos. La unidad de materia, de que se componen los astros todos, la identidad de la materia cósmica, descubierta ahora mismo por los milagros del espectróscopo ¿no estaba indicada, no estaba dicha desde que Moisés historiaba en su origen el cosmos de Dios? Esto es indudable.—Y esa multitud innumerable de estrellas y de nebulosas, que nos han descubierto los gigantes telescopios de Herschell, de Lossell y de Lord Rosse (1), innumerables á punto de calcularse 18 millones de estrellas sólo en un lado de la Via Lactea (nebulosa de la cual dicese, que nuestro sistema solar no es más que una partícula); esa asombrosa multitud, Señores ¿no se consignaba ya en los antiguos Libros Santos, cuando el Señor compara en ellos la posteridad de Habraham al polvo de la tierra, á las arenas del mar y á las estrellas del cielo? Es así la verdad. Las estrellas visibles á la simple vista no pasan de 6,000 en ambos hemisferios: luego es á las invisibles, á su portentoso número, á lo que aludía indudablemente el Sagrado Texto.—Y ¿no dice San Pablo que «una es la claridad del Sol y de la luna, y otra la clari-

(1) Este colosal instrumento tiene 1 m. 83.c de abertura, y 17 metros de longitud. Costó 600,000 francos. Dicese que su lente aumenta en seis mil veces el tamaño de los objetos. Recientemente se ha montado otro en el Observatorio de Marsella, superior al de lord Rosse en potencia y otras condiciones.

dad de las estrellas, y que la estrella se diferencia de la estrella por su claridad (1), es decir, no sólo por la intensidad sino por la naturaleza de la luz? Pues es lo mismo que Wollaston, que Bunsen, que Secchi y que Janssen nos dicen últimamente, mostrándonos en el espectro de cada astro surcos luminosos ú oscuros ó, por lo ménos, variando considerablemente en cada astro, con reflejos diversos y característicos. Y si es cierto que, á medida que la ciencia astronómica crece, crece y se fortifica la opinion de la pluralidad de los mundos habitados, sabed que esta opinion es antigua en la mente de esclarecidos sabios católicos, cardenales, obispos, escritores, profundísimos teólogos.—Ensanchad, pues, agrandad el universo cuanto os plazca, astrónomos sin fe; descubrid todos los días estrellas y nebulosas; haced de cada nebulosa una polvoreda de estrellas, y de cada estrella un sistema solar como el nuestro; con ayuda de vuestros telescopios no veáis en las regiones estelarias sino una lluvia de finísima arena de oro, que llena el indefinido espacio; y afirmad con vuestro Flammarion, el Julio Verne de la Astronomía, que todo eso son mundos poblados de séres sensibles é inteligentes más ó ménos que nosotros...! ¡Ah! pensáis que con ello abriréis brecha en nuestras religiosas creencias? Pues sabed, que la Teología católica no está esperando sino que todas esas cosas dejen de ser hipótesis, para repetir llena de gloria las palabras de San Pablo: *Ex ipso, et per ipsum, et in ipso facta sunt omnia* (2). Todo eso ha sido hecho en el Verbo y por el Verbo y para el Verbo. Todas esas criaturas son de Jesucristo, á quien el Padre constituyó heredero de los universos. *Quaem constituit hoeredem universorum*, y que no vino á la tierra sino á restaurarlo ó divinizarlo todo: *instaurare omnia in Christo, quae in coelis et quae interra sunt!*—Otra vez Señores, la última ó más reciente conquista de las ciencias viene á ser ya antigua para la religión.

(1) 1.ª Cor. XV.--41.

(2) Rom. II-36.

Mas ¿para qué cansaros, si son innumerables los datos de diversa índole que yo puedo aglomerar aquí, y que muestran á la ciencia caminando detrás de la revelacion como el paje sigue á larga distancia las huellas de su señor, alcanzándolo al cabo, despues de mil rodeos y de murmuraciones sin cuento? ¿A qué recordar que el volterianismo se reia, á mandíbula batiente, del sol y de los demás astros apareciendo en el Génesis despues de la tierra, en el 4.º dia ó período de la creación....? Ya la verdadera ciencia ha alcanzado al Génesis, enseñando como enseña que, criado el sol, todo lo ántes que se quiera de la tierra, no existió realmente en mucho tiempo para nosotros; porque cubierta la tierra en su principio de vapores densísimos, de tinieblas espantosas, no permitian éstas el paso á los rayos solares ni de ningun otro astro, que los hiciesen visibles: necesitábase para esto de cielo limpio y de noches serenas; y esto no fué hasta el dia ó período 4.º, en el cual se refiere, no que fueron criados, sino que Dios hizo los astros: *fiant*; esto es, aparezcan los cuerpos luminosos para que alumbren la tierra: *fiant luminaria in firmamento coeli*.—¿A qué presentar á la semiciencia burlándose del Deuteronomio, que prohibía á los hebreos comer la sangre de los animales; porque su sangre, decia Moisés, es su vida, *sanguis eorum pro anima est* (1)? La verdadera ciencia comienza á dar alcance, y por consiguiente la razón á Moisés, en los experimentos practicados por el eminente fisiólogo M. Brown Séguard; el primero que inyectando artificialmente sangre en las venas de un animal muerto, ha hecho reaparecer los movimientos de la vida en algunos miembros, mientras lo restante del cuerpo permanecía en la putrefacción.—¿Qué falta hace ya añadir que la moderna teoría de los vientos alizeos ó tropicales, y la maravillosa ley, demostrada hoy, de la circulacion aerotelúrica de las aguas son ó parecen glosa y comentario que la ciencia ha escrito al pié de aquellos admirables versos, 5 y 7, del capítulo 1.º del Eclesiástico: *Oritur sol et occidit.... in circuitu*

(1) Gen. 1--14.

pergit spiritus, et in circulos suos revertitur. Omnia flumina intrant in mare, et mare non redundat; ad locum unde exeunt flumina revertuntur, ut iterum fluant?—¿Ni á qué perder el tiempo en probar que David sabía más física que todos nuestros sabios cuando, en grandiosa frase, dice: que Dios, llamando las nubes desde la extremidad de la tierra, transforma el rayo en lluvia (1)? Esto que excitaba un día la hilaridad de los incrédulos; esto, que parecía, tiempo atrás, incomprendible, es lo que acaba de hacer patente cierto experimento físico, en verdad todavía poco conocido; con él ha venido á demostrarse que la descarga eléctrica que sobreviene en el seno del vapor ó de la nube, determina un enfriamiento que hace pasar el vapor del estado visible al invisible; y por consiguiente tenemos la lluvia engendrada por el rayo!—Y en fin ¿para qué hacer ya mérito de que el estudio profundo de la hibridéz ha revelado, no hace mucho, á M. Naudin que las plantas nacidas del cruzamiento de las especies son por lo regular estériles, porque los órganos sexuales se modifican y alteran en ellas? Otro dato entre millares! Porque ¿no es esto llegar al cabo, dándole alcance, á la avanzada ciencia de Moisés, cuando prohibía á su pueblo sembrar los campos con semillas mezcladas ó con granos diferentes?

Mas, lo repito; ¿para que cansaros aglomerando pruebas y datos particulares infinitos? será mejor venir, por último, á lo que lo abarca todo de una vez; y concluiremos así con pruebas universales.

Hay un principio fecundo y generador, universal en toda clase de naturales conocimientos, al cual la ciencia no ha llegado hasta última hora, despues de la labor de muchos sabios y del trascurso de muchos siglos; este es, que todo en la ciencia está sujeto al cálculo, al peso, á la medida: el gran Leybnitz lo adivinó el primero, exclamando con admiración: «la geometría está en todas partes!» Dijolo así el filósofo con sabiduría humana; pero la sabiduría divina lo había dicho

(1) Ps. CXXXIV--7.

centenares de siglos ántes. ¿No recordáis en qué términos tan solemnes, precisos y universales? *Omnia in mensura, et numero et pondere* (1) dice el sagrado Libro de la Sabiduría; todo! todo lo ha sujetado Dios á la razon del número, del peso y la medida. Y en efecto, este principio penetra toda la física por la teoría de las ondulaciones, que es el fondo y la unidad de la ciencia; porque las ondulaciones no son más que esferas, globos, que se desarrollan con cierta velocidad, que se *calcula*, y que se suceden con intervalos que se *cuentan*. Y ¡qué de misterios, qué de maravillas descubiertas por este camino en la óptica, y tambien en la acústica; pues al cabo el sonido no es más que imitación é imagen grosera de la luz! El color rojo no es rojo, sino porque la onda luminosa tiene de longitud 620 mil milésimas de milímetro, y porque es 477 billones el número de ondulaciones que hieren la pupila por segundo: el verde no es verde, sino porque la longitud de la onda es de 512 mil milésimas de milímetro, y el número de sus ondulaciones por segundo 567 billones; y así proporcionalmente los demás colores. Y, cuanto al sonido, será éste más grave ó más agudo segun el tamaño de la onda sonora y el número de ondulaciones que hiere el tímpano por segundo: *Omnia in pondere, et numero, et mensura*. Todo se calcula y todo se cuenta y todo se mide. Se pesan los astros, en su inmensa pesadumbre, como se pesa un fardo en la báscula del mercader: se miden sus órbitas y se calculan sus movimientos, siempre los mismos, con exactitud que no falla ni en un décimo de instante: *Omnia in pondere, et numero et mensura*. Se mide la distancia de las estrellas más lejanas, y se cuentan los años que su luz tarda en llegar á nosotros con una velocidad de 77 mil leguas por segundo: *Omnia in pondere, et numero, et mensura*.

Hasta en las combinaciones variadísimas de la Química extiende ya su influencia la fecundidad de ese principio; porque no se da, nó, en ellas resultado alguno sin la com-

(1) Sap. II-21.

pleta exactitud de las proporciones. Y la tendencia en este punto es tal, que se concluirá por someter al análisis matemático la incalculable multitud de los fenómenos químicos: *Omnia in pondere, et numero et mensura*. Pero ¿qué más, Señores, si se cuentan y se miden hasta los átomos, no sólo los de los cuerpos, sino los de la luz? Conocidos son en la ciencia los recientes trabajos de M. Cauchy que, llevando más lejos que ningun otro matemático las aplicaciones del cálculo infinitesimal, ha puesto á los sabios en camino de vislumbrar las mismas formas del átomo, sus variaciones, su polarizacion; de donde resultan la forma distinta de las fuerzas en la materia, y las modificaciones del calor, del color, de la repulsion y la atraccion: *Omnia in numero, pondere et mensura*. Dispúsole, y lo reveló así el Señor Omnipotente; ¿por qué la ciencia habrá tardado tanto en descubrirlo?

Os molesta, ya, Señores, la aglomeracion de comparaciones y de datos? Os anuncio que será el último el que voy á formular; porque despues de él nada resta, como no sea la necesidad de caer de rodillas para adorar al Criador en el lugar sagrado del universo.

La unidad de las fuerzas físicas es punto generalmente consentido en la ciencia; y el malogrado y célebre P. Secchi, en la última de sus obras, ha dejado ya la teoría casi á la altura de la demostración. Todas las fuerzas que juegan en el mundo quedan reducidas á una sola, como es uno solo el Dios que todo lo impulsa con su aliento. *Unus Deus! Unus Omnipotens!* Y esa fuerza es la electricidad, que se resuelve ó realiza en tres manifestaciones distintas, la atraccion, la luz y el calor; de donde se originan todos los fenómenos visibles, como un solo Dios se manifiesta distintamente en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de donde tiene origen toda cosa, reflejando así su imágen en el espejo inmenso de la creación.

Mas... ¿qué es esto, Señores Académicos? qué altura, qué elevación es ésta adonde la ciencia (la ciencia que no es materialista y atea) ha remontado su vuelo, des-

pues de mil y mil sistemas y de elucubraciones sin cuento? Ah! es que al cabo ha llegado á ser visible en física (fuera del materialismo grosero) lo que visible fué siempre en psicología y mucho más en teología: que Dios está operando en todo lo que opera ó tiene acción en el mundo; que la atracción, la luz, el calor son los efectos de la presencia de Dios, producidos por El mismo como causa primera y radicalmente imposibles sin su perpétua acción, ó sea, sin la indispensable presencia del incomunicable infinito, que lleva y sostiene libremente lo finito; y que el sabio Kepler, el Moisés de la Astronomía, no soñó por cierto cuando indicaba en su capítulo *De adumbracione Trinitatis in spherico*, que en el cielo, en la tierra, en todas partes son patentes la sombra y vestigios de la adorable Trinidad! Lo mismo, lo mismo que decía S. Pablo, el gran sabio de la revelación: *In eo vivimus, et movemur et sumus* (1) que en Dios vivimos, nos movemos y estamos!

Cierto que es absurdo, en la materia, el extravío de algunos sábios alemanes y particularmente del desdichado Lammennais, cuando asienta en su *Bosquejo de una filosofía*: «Que toda fuerza, cualquiera que sea, es una efusion del Padre, un don que hace de sí mismo; que toda inteligencia, toda forma, cualquiera que sea (especialmente la luz) es una efusion del Hijo, un don que hace de sí mismo» y que, por consiguiente, las tres fuerzas de la naturaleza son las Personas Divinas... ¡Cierto, repito, que es error muy lamentable! Pero... ¿qué indica, qué revela, qué descubre para nosotros todo este moderno panteísmo absurdo? Ah! él encierra una verdad antigua, un dogma católico que desfiguraran desdichadamente, y lo hemos dicho: la universal presencia de Dios, su acción *exclusiva* en el universo, y la signatura sagrada en toda cosa de la augusta indivisible Trinidad!! *In eo vivimus, et movemur, et sumus.*

(1) Act. 17-28.

Es ó no verdad, que la ciencia va muy á la zaga en todos los puntos científicos en que la Revelación ha hablado? Tras de luengas excursiones y áun de calculadas resistencias, ¿no hemos visto al cabo á la ciencia convenir con la Revelación, dándose abrazo estrechísimo, como de amigas, como de hermanas? La inspiración divina y la razón del hombre que descubre las leyes naturales, viniendo ambas de Dios, no podían hablar lenguaje distinto y en definitiva sentar afirmaciones contrarias. No, no, Señores: «Fe y razón: por ambas á un mismo término, que es la verdad. *Fides, ratio: útraque unum.*»

He aquí ya en plena luz nuestra divisa; y abrigo la convicción de que jamás ha de ser desmentida. Cierto, podrán los sábios venir mañana ó salir hoy, con que tal ó cual descubrimiento está en abierta contradicción con la fe, en oposición palmaria con la revelación; y así lo parecerá momentáneamente: en estos casos... paciencia, Señores Académicos ¡paciencia! y esperemos sin vacilación el triunfo no lejano de nuestras creencias divinas. La ciencia no está hecha, dicen sus más apasionados adoradores; la ciencia está en la infancia todavía; y el día llega, á la larga ó la corta, en que la ciencia misma destruye su obra, descorre el velo, disipa las tinieblas y, ridiculizando á sus antiguos sabios, se encuentra sin pensarlo al lado de la divina Revelación.

Depone muy alto la historia en favor de esta confianza. —En el siglo XVIII y en los primeros años del XIX vióse formar coalición vastísima de sabios, sin otro fin que el de convencer de ignorancia y de impostura á los inspirados Escritores Sagrados: hombres presuntuosos se dividieron el dominio de las ciencias y se consagraron á trabajos gigantescos. Ellos interrogaron á la vez los anales de las naciones, las leyes de la naturaleza, el curso de los astros del firmamento, las revoluciones del globo, su superficie y sus entrañas, los movimientos de los mares y de los ríos: llamaron á todos los seres animados ó inanimados; al cielo, á la tierra, al Oceano, al hombre con su razón y sus sentidos, á la filosofía con sus sutilezas y

sus abstracciones, á la historia con sus fechas, sus datos y sus monumentos contra la verdad de nuestra revelación y de nuestros Santos Libros; anunciando cada día nuevos descubrimientos, nuevos títulos de convicción contra la fe divina, demostraciones cada día más evidentes de su incompatibilidad con los hechos incontestables de la historia. El Egipto nos enviaba sus constelaciones grabadas en piedra; la India sus tablas cronológicas y astronómicas para dar un *mentis* auténtico á la historia sagrada. El edificio de la fe, Señores, parecía bambolearse, amenazando caer sobre sus cimientos en espantoso fracaso. Admirábanse ya muchos de que el mundo hubiese podido tener duramente tanto tiempo, errores tan palpables por verdades reveladas. Y se ponderaba cuanto era posible, haciéndolo subir á las nubes, el mérito de los hombres extraordinarios, cuyo genio y sabiduría iban á desasnar al género humano, sacando á la razón de su larga infancia. Mas, al cabo, ¿qué ha sucedido, Señores? Oh! ha sucedido, que las mismas investigaciones continuadas, que los mismos estudios profundizados mejor, han hecho reconocer que aquellos grandes hombres se dejaban alucinar como niños con muy groseras ilusiones: sus descubrimientos y sus sistemas se desvanecieron como sueños y fantasmas, sus dificultades, mejor examinadas, se tornaron en pruebas de la Religión que querian destruir. Los monumentos, traídos desde tan léjos y á tanta costa, para dar testimonio contra ella, han depuesto en su favor; y en fin cálculos más bien justificados y observaciones exactísimas han traído de nuevo la verdadera ciencia al respeto de la Escritura Santa, de sus orígenes, de sus fechas, de su irrefragable autoridad; autoridad que alardeaban de haber entregado para siempre á la irrisión y al desprecio. Es decir, Señores, aunque lo repitamos una vez más: que la fe y la razón se encuentran al cabo en la verdad, que es el término legítimo de entrambas. *Fides, ratio: útraque unum.*

Ahora, señores, perdonad que tan tarde me acuerde de que es éste el discurso inaugural ó de apertura de la Aca-

demia; y yo no puedo y no debo terminarlo sin recordar á los señores Académicos, y sin decir á cuantos nos favorecen con su presencia cuál sea el espíritu de nuestros Estatutos y cuál la regla de conducta que ha de regir, dominando todos los actos de la Corporación. Y á la verdad, que todo queda dicho con repetir la admirable sentencia de San Agustín, tan acreditada por su prudencia, que ha venido á ser como el cánón que rige universalmente en los estudios católicos: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.*

Sí, Señores: unidad perfectísima, inviolable, será nuestra divisa en todo lo que diga relación á las cosas necesarias, *In necessariis unitas.* Y hé aquí lo que por cosas necesarias entiende nuestra Academia: lo primero (y esto es necesidad de vida, de salvación, necesidad de católicos), respeto profundísimo, incondicional adhesión, fe absoluta, fe ciega á todo lo que como dogmático enseña la Iglesia Católica, santa Madre y Maestra del linaje humano. Lo segundo (y esto es necesidad de hombres científicos de nuestra época), aplicación asidua, estudio perseverante, y exclusivo de cualquiera otra tarea literaria, para demostrar, en todo aparente conflicto, el perfecto acuerdo entre la fe y la razón, entre la revelación divina y la ciencia. Y, como eficaz medio para lograr este fin, lo tercero (que es ya necesidad de prudencia y de altísima recomendación), el cultivo ó estudio de la doctrina del Ángel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. A estas tres cosas se extienden entre nosotros las cosas necesarias; y en todas ellas reinar debe absolutamente la unidad, *In necessariis unitas!*

¿Hay, empero, á quien amargue este predominio científico del Angélico Maestro, reconocido por la Santa Sede y acogido y levantado en bandera por tantas Academias, ya famosas en el mundo? Yo no sé; pero si lo hay, sé que no tiene razón. Santo Tomás de Aquino brilla sin rival en la historia de la sabiduría, que es preciso á toda costa restaurar; esa sabiduría aglomerada en los cristianos siglos, á la cual San Anselmo dió el primero *forma* con la dialéctica; Pedro Lombardo *el fondo* con sus sentencias; Alber-

to el Grande *crecimiento* con su prodigiosa ciencia; pero Santo Tomás dió el desarrollo, el método y la perfección en la *Suma*: Suma, señores, que, es por lo mismo, la grande obra de texto, digámoslo así, del escolástico saber. En ella (lo indicamos oportunamente) la teología y la filosofía se dan constantemente la mano; se prestan mútuo apoyo, mostrándose en manera tal unidas que constituyen ese maravilloso conjunto, que no ha podido agotar la admiración de seis siglos. Es la obra más bella que ha salido de inteligencia creada; obra angélica y casi divina, último límite del genio, fuente de todas las ciencias, tesoro de todas las verdades, refutación de todos los errores, arsenal de todos los argumentos, exposición vastísima de la religión cristiana, baluarte, el más fuerte, de la Iglesia, gloria inmortal del espíritu humano; la sola, en fin, la única levantada por los Padres del Concilio Tridentino al honor inaudito de ser colocada al lado del Evangelio para resolver las dudas en aquella augusta asamblea. No hay, nó, en la sabiduría de la Escuela quien disputar pueda á Santo Tomás la gloria del universal magisterio.

Mas hay de cierto jóvenes generosos, llenos de ambición por la ciencia, ávidos de luz y de verdad, á quienes se dice ó se dirá desdeñosamente al verlos acudir á nuestra Academia: ¿Á dónde váis, jóvenes del siglo XIX? Tenéis valor para retroceder á los estrechos ideales del escolasticismo, trocando la luz espléndida de nuestra ciencia por la ignorancia y las tinieblas del siglo XIII?—Fuera de tiempo, señores, se nos ocurre prevenir esta dificultad; mas lo haremos, sin embargo, reduciendo á brevísimos términos cuanto se ha dicho acerca del valor, base y método científicos de la Escuela, para desarraigar añejas y mil veces desbaratadas preocupaciones. El escolasticismo, Jóvenes de mi alma (entendedlo bien) en su valor científico no es más que la ciencia con fe, por eso la Escuela dice y ha dicho siempre: «Credo ut intelligam.» Y tan científico es, y tan ajustado á los fueros de la razón rendir asentimiento á un teorema, á una verdad demostrada matematicamente, como la aceptación de un dogma cualquiera, rindiéndonos al

testimonio del Sér infinito, que no puede engañarse ni engañarnos. Y en este sentido son escolásticos los más grandes genios que han alumbrado la tierra en el espacio de XX siglos. Interrogar á los cielos, sorprendiendo sus leyes y revelando sus secretos, pero esto con fe y hasta con piedad, como Kepler, como Eulero, como Copérnico, como Cusa, como Gassendi, como Secchi... eso es ser astrónomo escolástico. Descubrir nuevas tierras, nuevos mundos, estudiar y describir regiones desconocidas, y esto con creencias inquebrantables, como Colon, como Vasco de Gama, como Quirker, como los Misioneros del Africa y la China, como Riter, como Maltte-Brun y otros... esto es ser geógrafo y geógrafo con criterio en cierto modo escolástico. Recorrer las edades, desentrañar los sucesos y narrar la vida de los pueblos, pero con fe en la Providencia, con cristiana filosofía, como San Agustín, como Eusebio, como Sulpicio Severo, como Bossuet, como Mariana, como el P. Flores, como César Cantu, como el P. Fita, como Guerra y Orbe, como Menendez Pelayo y tantos otros... esto, esto es ser historiador verdaderamente escolástico. Superar á la naturaleza en sus encantos, y al corazón en sus cuerdas más sensibles, pero con estro y con amor divinos, como San Ambrosio, como Santo Tomás, como Prudencio como Dante, como Tasso, como Petrarca, como Garcilaso, como Calderón y Lope, como Herrera, como Rioja, como Lista, como Reinoso, como Gallego, como Tamayo... eso, eso es ser literato y poeta á la escolástica. Penetrar, en fin, en las más profundas regiones de la metafísica y de la dialéctica, pero con fe ardentísima como lo han hecho tantos sabios por todo el mundo, y entre nosotros particularmente aquel Sócrates salmaticense, Francisco Victoria, Domingo de Soto, el filósofo jurista, el eximio y jamás bien admirado Suarez, gloria de España y de la Compañía, *el filósofo más escolástico de los escolásticos* (1); como lo han hecho despues Balmes, Donoso Cortés, Orti Lara y el ya tan justamente

(1) Historia de la Filosofía del P. Zeferino Gonzalez.

célebre Obispo de Córdoba, fray Zeferino Gonzalez... esto, esto es ser filósofo en toda puridad escolástico.—¿De cuál de estos nombres os ruborizaréis, Jóvenes míos, porque son creyentes, porque son católicos, porque son escolásticos?

Esto en cuanto al valor científico. Cuanto á la base y extensión del escolasticismo ¿es posible apreciar bien lo que es capaz de hacer el humano entendimiento en ese campo vastísimo, donde la razón trabaja buscando la fe, y la fe se ostenta apoyada en la razón, *fides quaerens intellectum?* (1) ¿Quién pone límites á los horizontes que la fe abre á la razón? ¿ni quién pone, en la Escuela, otros límites á la razón sino los que aseguran su marcha y derrotero? Así ha podido decirse con verdad de la razón lo que en la Encíclica asienta nuestro sabio Pontífice, que «elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del saber humano, apénas puede elevarse ya á más sublime altura, ni á la fe es dado obtener más eficaces y numerosos auxilios que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás.» Así también puede asegurarse como lo hace el repetido ilustre Prelado de Córdoba (2) que «todo lo que hay de sólido y verdadero en las construcciones y desenvolvimientos filosóficos de la era moderna» caben y con holgura dentro de la anchurosa base filosófica de San Agustín y de Santo Tomás; en manera que el propio «empirismo baconiano, dentro de ciertos límites; algunas de las direcciones é ideas cartesianas, el psicologismo de la escuela escocesa, y hasta el criticismo kantiniano» hubieran sido escolásticos.... «todo ello, añade, contenido dentro de convenientes límites y de reservas racionales.» Oh! cuántos errores, de los que tienen pervertidas las inteligencias, reconocen por única y exclusiva causa la ignorancia de la filosofía escolástica y su apreciación equivocada ó injusta!

Y ¿qué diremos, aunque sea de relámpago, del método científico que caracteriza á la Escuela? Nada que no se vean obligados á reconocer sus mismos adversarios: la unidad y

(1) S. Anselmo.

(2) Historia de la Filosofía.

enlace en las obras de Santo Tomás son reconocidos en justicia por todos los que imparcialmente observan con qué admirable claridad pasa siempre el Santo de las más altas especulaciones de la ciencia á su exposicion rigurosamente dialéctica: primero emplea la síntesis, luego el análisis sobre una misma idea; y con ilacion tan derecha, con procedimientos tan seguros, que no ha habido, aunque harto lo ha procurado la crítica, quien halle *una sola* demostración que claudique por algun modo en sus escritos. Pero ¿á qué insistir, Señores? No lo ignoran los verdaderos sabios: la sobriedad rigurosa y contundente de la Escuela condena la inanidad y la palabrería con que los modernos autores procuran llenar el desierto de sus ideas con la ampulosa abundancia de la frase.

Todo esto ha sido necesario para exponer y justificar lo que nuestra Academia entiende por el *In necessariis unitas*.

Vengamos á lo segundo: *in dubiis libertas*. Y aquí sólo tenemos que desvanecer una preocupación, pero de trascendencia; la preocupación de los que nos acusan de venir, á última hora, á poner en práctica el *jurare in verba magistri*; Como si las opiniones particulares de Santo Tomás hubieran de ser para nosotros la última y *suprema ratio* en toda racional investigación, sin ver nada ni á nadie más allá de las palabras del Santo... No, Señores; no es así de ninguna manera: una cosa es la necesidad de estudiar la doctrina de Santo Tomás, porque Santo Tomás deba ser, por decirlo así, la obra de texto más acreditada en la Escuela, y otra cosa es que por ello quedemos obligados á seguir las opiniones del Maestro sólo porque son del Maestro. No, Señores: el mismo Eminentísimo Cardenal Zigliara, uno de los sabios más adictos y admiradores del Angélico Maestro, responde por nosotros en este lugar, diciendo: «Seguimos al Doctor de Aquino no por su sola autoridad de sabio, que es grandísima, sino por la fuerza incontrastable de sus razones» (1). Responde tambien por nosotros la misma célebre Encíclica

(1) Summa Philosophica: praefatio.

Aeterni Patris, en la que el sapiéntísimo Leon XIII declara de buen grado y con placer, que ha de admitirse todo lo que fuere sabiamente pronunciado por cualesquiera ingenios, ó inventado y escogitado en provecho de los hombres. De otra suerte, Señores, medrados quedaríamos los españoles, obligados á no ver ni entender absolutamente sino por el ojo y por el entendimiento de un solo sabio, aunque sea por acatable añadidura, santo! Desde Santo Tomás acá se han sucedido en España tres escuelas filosóficas celebérrimas, con tres hombres respectivamente á su cabeza, que han hecho sensacion grande, muy grande en el mundo científico. Raimundo Lulio, Luis Vives y el P. Suarez ó Doctor Eximio. ¿Diráse con fundamento que estos sabios nada han dicho que bueno y provechoso y aceptable sea? Por otra parte, la Escuela no está, no, limitada á Santo Tomás, aunque lo proclame su ángel: ramas son del escolasticismo las sectas de escotistas y suaristas y otros muchos que en España multiplicaron los volúmenes, en que la doctrina escolástica se expone; á extremo de que, en sentir de ese monstruo del saber, nuestro colega Menéndez Pelayo, «ninguna nacion del mundo nos excede ni en el número, ni en la importancia de tales escritores.» ¿Por ventura, la conveniencia y áun necesidad de tener por texto á Santo Tomás, nos obliga á quemar los libros de aquellos sabios, renunciando á esas glorias de la inteligencia y de la patria? Oh! mucho lo sentiríamos por la mayor parte, pero sin linaje de comparación, por el más escolástico de todos los escolásticos, el eximio (que yo llamaria tal vez divino) Doctor Suarez, en cuyos libros, dice el citado Preeminente compañero, «no fuera difícil hallar, abundante y de subidos quilates, aquel oro purísimo que Leibnitz reconocía en la *escolástica*, con resultados tan notables beneficiada en nuestros días.» Ved por qué nos parece digno de loa, y que acredita muy superior criterio, la interpretacion dada á la Encíclica *Aeterni Patris* por el actual ilustrísimo Prelado de Córdoba, quién en su Pastoral para dar á conocer aquella á sus diocesanos, proclama muy alto, sí, la restauración de la filosofía tomista, pero en manera «que no sea exclusivista, intransigente, cerrada, sino

apropiándose lo que haya de bueno, sólido y verdadero en las concepciones ó teorías de otros filósofos.—Y no hay para qué añadir más: entre nosotros, *In dubiis libertas*.

Ultimamente, *In omnibus charitas*. Caridad, armonía, amor en todas las cosas. Y á este respecto, no vacilo en afirmar, Señores, que la caridad, el amor ha enjendrado nuestra Academia; que el amor la fomenta, y que ella será permanente, porque aquí todo está reglado por la caridad. *In omnibus charitas!*

Sí, señores ¿quién puede negar que el origen ó primer principio de nuestra Hispalense Academia es el amor? amor de obediencia y de altísima consideracion al sabio y santo Pontífice Leon XIII, que, en su citada Encíclica de 23 de Diciembre del pasado año, excita amorosamente á los católicos á formar estos centros de ilustración cristiana, con el fin de que se cultive, defienda y propague, primaria y principalmente la ciencia verdadera, la filosofía católica, la doctrina de Jesucristo; y, como medio sin duda, se restaure y estudie la filosofía de Santo Tomás. Y á este primer reclamo ha seguido otro no ménos amoroso; el de nuestro sabio y veneradísimo Prelado, que secundando con zelo ardiente en este caso, como en todos, las miras de la Santa Sede Apostólica, ha tenido la dignación de llamarnos á sí, y hacernos en cierto modo sus compañeros y cooperadores en esta Asamblea, que honra con su presidencia y favorece con su protección.—Por otra parte, ¿no es asimismo amor, el amor de la verdadera sabiduría, lo que nos anima y da alientos al emprender nuestras científicas tareas, sabido bien que, entre todos los amores, no hay uno más grande ni más noble, ni más fuerte que el amor de la verdad y de la ciencia?—Pues no es dudoso tampoco que la caridad, el amor es lo que va á asegurar aquí la perseverancia en los Socios y larga vida á la Corporación. ¿Sabéis por qué lo digo? Oh! porque están relegadas de esta Academia las dos cosas que tienden de ordinario á desbaratar la concordia y la armonía en asociaciones, por otra parte, excelentes; y son el cansancio y la soberbia. No, no es de temer el cansancio en nuéstrs Socios, cuando tan corta es la

tarea que se les impone: venimos á una sociedad, en la que, como en todas aquellas en que reina el amor, el yugo es muy suave y la carga muy ligera; un discurso ó disertación ó conferencia en cada año... ¿qué és esto para rendir á un hombre avezado á las tareas de la palabra y de la pluma? Y sin embargo, por los prodigios de la asociación, por las fuerzas del número, el fruto tiene que ser óptimo y muy abundante. La soberbia no turbará tampoco las dulzuras de nuestra armonía, de nuestra concordia. Que no en vano, Señores, y yo me lleno de santo júbilo al mencionarlo; que no en vano hemos puesto nuestra sociedad bajo el celeste manto de Aquella que con su planta vencedora holló la Serpiente altiva, y que, por ser la más humilde de las criaturas, mereció ser reina de todas ellas, María Inmaculada, Patrona de la Academia!! Así nuestros Estatutos trasporan la sencillez y la igualdad en todas sus páginas. Reparad, si nó, que si hay tres categorías académicas, á saber, de Preeminentes, de Numerarios y de Alumnos, es para imponer á cada una distintas obligaciones, que aseguren mejor el lustre, el orden y la vida de la Corporación, pero no para concederles derechos distintos: Preeminentes, Numerarios y Alumnos, todos tienen en su caso, expeditos el uso de la palabra y la habilidad de su pluma; todos somos aquí iguales, porque todos venimos, llenos de sinceridad y amor á enseñar lo que sabemos y á aprender lo que no sabemos. Y, si excepción tiene la regla que voy consignando, es respecto y en pro de los Académicos Alumnos; porque, siendo los miembros á quienes menos cargas ú obligaciones se señalan, en su provecho exclusivo se va á trabajar aquí casi todo lo que trabajar se intenta: son los únicos privilegiados de la Asociación.— Véase cómo teníamos razon al asegurar que, si la unidad ha de reinar aquí en las cosas necesarias, y la libertad en las dudosas, en todo y por todo ha de estrecharnos siempre el dulce vínculo de la caridad. *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.*

Voy á concluir, Señores Académicos; y lo haré exponiendo ahora la idea, con la cual pienso que debí dar

principio: la idea de la importancia de éstas academias escolásticas ó de Sto. Tomás de Aquino. A este fin habéis de permitirme que refiera á la letra un pasaje del célebre y malogrado filósofo P. Gratry, del Oratorio de la Inmaculada Concepcion en París:

«Es preciso saber, dice, que hay tres linajes de ciencias: una es puramente divina; otra simplemente humana; otra es divina y humana al mismo tiempo. Y esta última es propiamente la verdadera ciencia de los cristianos.»

«Si queréis en la actualidad trabajar útilmente, contribuid al retorno del siglo hácia la luz, al renacimiento de la fe, á la restauración de la razón pública. Trabajad en este sentido.»

«Acordáos de las palabras de aquel semi-profeta, el gran José de Maistre, que dicen: «Esperad que la afinidad natural de la religión y de la ciencia reuna á entrambas en la cabeza de un solo hombre de génio: la aparición de ese hombre no puede estar léjos, y acaso existe ya. El será famoso y pondrá fin al siglo XIX, que dura aún.»

«Considerad, sin embargo, añade Gratry, que si el hombre de génio hubiese ya nacido en 1810 ó en 1820, probablemente á estas horas hubiera dado señales de vida. Por otra parte, la obra es tan inmensa, que ni Aristóteles ni Leibniz serían bastantes para ella: Aristóteles tiene poco entusiasmo, y Leibniz tiene muchas singularidades. Santo Tomás! oh! si: Santo Tomás de Aquino es el único que podría emprender la Suma del siglo XIX: génio de ardor prodigioso, sin preocupación ni singularidades, sublime y riguroso y tan vasto, por lo menos, como Aristóteles y Leibniz, nadie, nadie osa trazarle límites, ni decir qué cosa no podrá hacer.» Mas... ¿dónde está hoy Santo Tomás de Aquino? exclama tristemente y sin esperanza el P. Gratry, despues de las anteriores líneas. Y aquí, Señores, reasumo yo la palabra para contestar al filósofo Oratoriano, diciendo: —No: ilustre Académico de Francia, nó; Santo Tomás no ha muerto; ó si lo queréis mejor, Santo Tomás ha resucitado, es decir, ha vuelto á ocupar la cátedra del mundo científico, por gracia y virtud, desde luego, de los escritos de

nuestro nunca bien llorado Balmes, de los de Rormini y Larcordaire, primeros restauradores tomistas; despues por los de Sanseveriano, Arnoldi, Venturoli, Trovaglini en Nápoles; Klentgen en Alemania, el P. Zeferino, Orti Lara y Pidal en España, Lepidi, Périn y Van-Wenddingen en Bélgica y por los de tantos otros sabios en todo el mundo como fuera prolijo mencionar. Vive Sto. Tomás! y su vasta ciencia reaparece en las sapientísimas Revistas el *Divus Tomás* en Roma, *La Scienza é la Fede* en Nápoles, *la Civiltà Cattolica* en Florencia, redactada por los renombrados Liberatore, Taparelli, Palmieri, la *Scienza Italiana* en Boloña! Vive! ¡Vive Santo Tomás de Aquino! y su espíritu gigante con sus alas angélicas se cierne sobre las doctas Academias de su nombre, desde la *Alma Mater*, recientemente organizada en Roma, hasta la última y más humilde de las que ha levantado en el orbe católico la poderosa voz del sabio Pontífice que reina.

Luego la profecía del Conde de Maistre se va á cumplir, se está cumpliendo; porque hay ya quien escriba, quien esté escribiendo en la actualidad la Suma del siglo XIX; que si no es un solo hombre el que la escribe, porque esto no sería posible, son muchos, muchos, iluminados por la inteligencia, auxiliados por la doctrina, guiados por el método del único que pudiera escribirla solo, nuestro Patrono admirable, el Santo Doctor de Aquino.

Luego, Señores Académicos, que con paciencia tanta me habéis escuchado, aquí tenéis vuestra importancia y vuestra obra, la obra de las Academias de Santo Tomás; patentes son los horizontes, que apénas podemos recorrer con la vista; delante habéis el plano del inmenso edificio, que tocará á los cielos, arrancando de las profundidades de la tierra. Ah! felices, mil veces felices vosotros, si con vuestras tareas, con vuestra constancia, con vuestra aplicación, con vuestros esfuerzos, lográis allegar siquiera un grano de arena para levantar el magnífico templo á la verdad en el mundo! Mas, que será así, que os ha de caber tamaña gloria, yo no lo dudo, ni dudarle puede tampoco quien conozca vuestra fe ardiente, vuestro católico entusiasmo, vuestros privilegiados talentos,

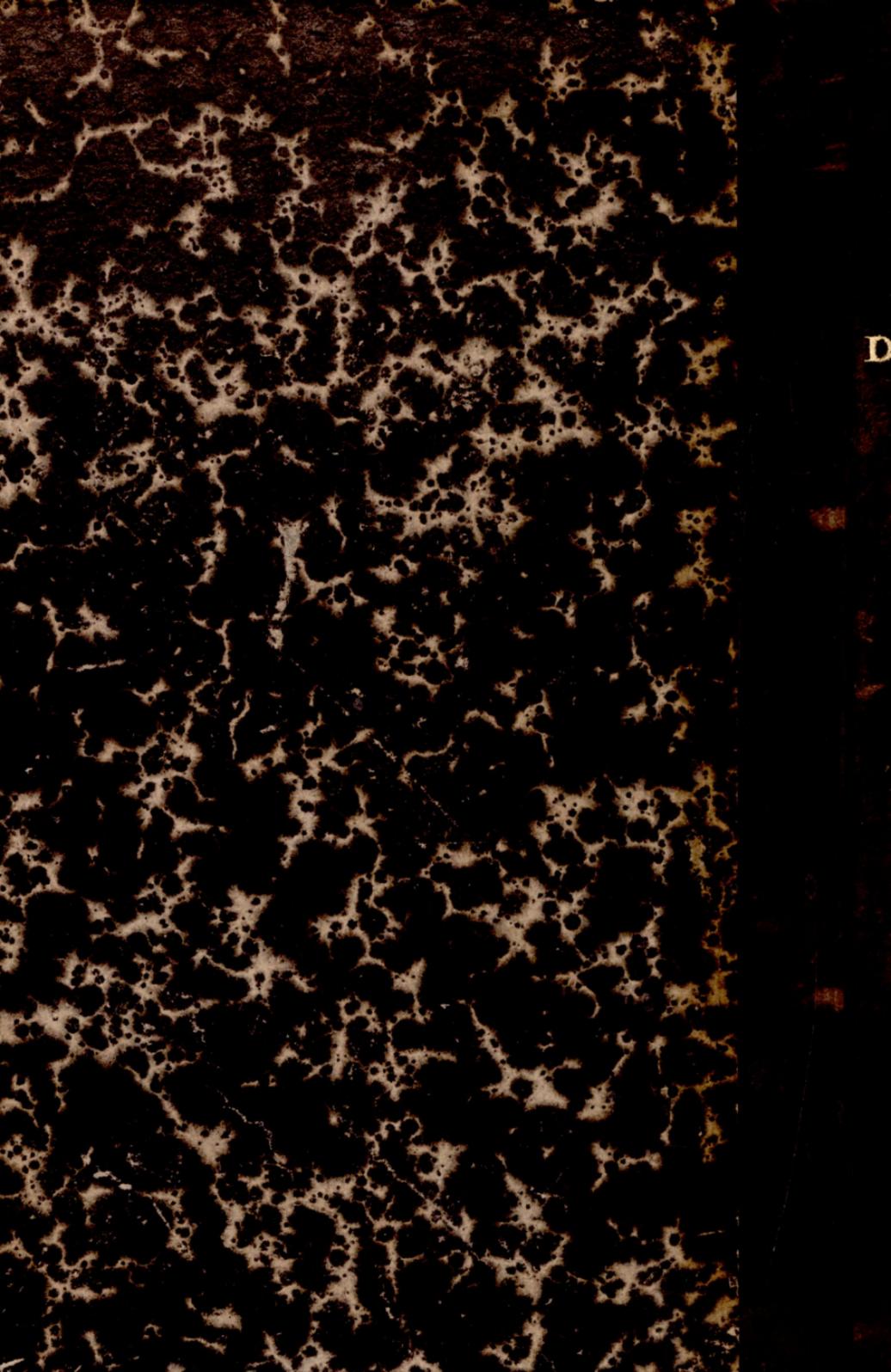
vuestros conocimientos sin número; porque cierto es, y evidente ha sido y tendrá que ser en la historia, que por la fe y la razón se llega al cabo al solio divino de la verdad. *Fides, ratio: útraque unum.*

He dicho.

MEMORIAS
DE LA ACADEMIA HISPALENSE
DE STO. TOMÁS DE AQUINO.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La Academia Hispalense de Sto. Tomás de Aquino, en cumplimiento del art. 44 tít. VII de sus Estatutos, comienza en el presente Junio la publicación de sus MEMORIAS, proponiéndose dar un cuaderno de 64 páginas, poco más ó ménos, en cada mes, para formar tomos de 400 páginas. En ellas pueden tener cabida todas las producciones de los Sres. Académicos con tal que no sean ajenas á los fines de la Corporación, prefiriéndose las Lecciones dadas en las Conferencias, y, en todo caso, prévias la licencia del Ordinario por el concepto religioso, y la aprobación del Censor de la Academia por el concepto literario.



D